

Apuntes para el siglo XXI

El deporte: fiel cronista de la cultura contemporánea

Si en el año 2525 un grupo de investigadores quisiera conocer a fondo las claves de la cultura contemporánea, sospecho que uno de los ejes fundamentales de su análisis sería el deporte.

El deporte, nacido en la sociedad liberal inglesa, surge como práctica agonística contemporánea en los albores de la revolución industrial, al socaire de la apuesta y el espectáculo, supera todos los particularismos culturales o sociales a los que está inicialmente sometido por su adscripción primera, y se convierte, conjuntamente con la ciencia, en un eficaz lenguaje universal aceptado por todos los estratos sociales y la gran mayoría de las comunidades existentes. Pronto se emancipa de todas las ataduras iniciales y se convierte en pieza clave del engranaje ideológico de todos los sistemas políticos del siglo: el liberalismo, el nazismo, el fascismo, el comunismo, el autoritarismo, el nacionalismo o el globalismo. El deporte ha sobrevivido a las sucesivas metamorfosis a que ha sido sometido y se ha convertido en uno de los hechos más característicos y de mayor impacto de la cultura contemporánea. Mediante el microcosmos del sistema deporte se puede recorrer de manera fidedigna una parte fundamental de la historia de este período, constituyendo un guión imprescindible para revisar y conocer nuestra época. La cultura contemporánea no se explica sólo con el deporte, pero es incompleta sin él.

I

El deporte es una práctica humana tan significativa en nuestra época como lo puedan ser las revoluciones, el proletariado, los sindicatos, el ascenso social de la mujer o la tecnología moderna (que emana de la ciencia). Sólo la música ha representado un fenómeno de masas equiparable al deporte, aunque de dimensión y naturaleza diferentes.

En otras épocas de la historia existieron una serie de hechos emblemáticos que dieron sesgo y personalidad a cada una de las etapas en las que está dividida clásicamente la historia. En los inicios de la Edad Contemporánea anotamos la revolución industrial y la revolución burguesa, el nacimiento del proletariado y la aparición y agrupamiento de los movimientos políticos y sindicales. De la Edad Moderna son hechos característicos los descubrimientos geográficos y la expansión comercial, la revolución newtoniana y el surgimiento de la conciencia individual (el individuo como sujeto moral con dignidad humana). En el occidente medieval destaca el profundo sentimiento religioso que explica el protagonismo de la Iglesia Católica, el movimiento de las Cruzadas y la construcción de magníficas catedrales, iglesias y monasterios.

La civilización romana nos ha legado su lengua, el derecho, las construcciones civiles y los grandes espectáculos de masas: el anfiteatro y el circo. En la civilización helénica resalta el nacimiento de la filosofía y las demás ciencias que promueven la racionalización del hombre y de su entorno, la irrupción de la democracia como concepto y el desarrollo de grandes manifestaciones como los Juegos Panhelénicos (entre ellos los Juegos

Olímpicos) que sirven de unión y refuerzo de todos los pueblos helénicos que, aunque divididos políticamente, se reconocían como griegos por lazos religiosos, étnicos y culturales. En la primera civilización egipcia descuello el sentido de la muerte y la vida eterna; asimismo, en las primeras y cercanas civilizaciones de Oriente Próximo (Hititas, Asirios, Sumerios, Babilónicos) destaca la importancia y la utilidad del caballo, junto a la aleación y reducción de metales (el bronce y el hierro) constituyendo elementos de progreso técnico, identificadores de esa época. Y si tenemos que identificar por sus rasgos más esenciales a los hombres prehistóricos, lo haremos por la magia, las pinturas de caza y animales y el valor del fuego.

Haciendo un ejercicio de ciencia ficción, nos situamos entre un grupo de historiadores del año 2525 que quieren estudiar la Edad Contemporánea y conocer en profundidad las claves de nuestra vida, nuestras instituciones, la vida cotidiana, nuestra mentalidad y nuestras manifestaciones individuales y colectivas. Indudablemente deben distinguir aquellos hechos fundamentales de nuestra época, vistos desde la perspectiva del primer cuarto del siglo XXVI. Sospecho que uno de los pilares fundamentales de análisis será el deporte, entendido como un auténtico microcosmos de nuestra época en el que se reflejan los conocimientos, valores, normas o concepciones estéticas que configuran nuestro tiempo.

Algunos autores contemporáneos han definido al deporte como un hecho social total, es decir, como una actividad humana que está reflejada en todos los órdenes de la vida y su entorno, de tal manera que es impensable abstraerse individualmente de su influencia. Para la cultura contemporánea desde sus inicios en la edad moderna –en plena sociedad industrial– hasta su posterior evolución en la postmodernidad –con la sociedad postindustrial y la actual sociedad de la información– el deporte se ha constituido en un componente fundamental, pero sujeto a un proceso evolutivo al hilo de los cambios sociales y culturales de este período.

II

El deporte como actividad lúdica competitiva, reglamentada e institucionalizada, surge en Inglaterra a mediados del siglo XVIII como consecuencia de un proceso civilizador general que afecta a las sociedades desarrolladas, cuyo resultado deviene en un progresivo refinamiento de los distintos aspectos de la vida cotidiana, entre ellos los juegos tradicionales de la Inglaterra dieciochesca. Son los alumnos burgueses de las Public schools los que introducen en sus colegios de elite los brutales juegos populares tradicionales de la calle y los transforman en juegos competitivos organizados, reglados y reglamentados, con el fin de regular la violencia física implícitos en ellos. Como consecuencia de este proceso de civilización (regulación, control y

delimitación de la agresión en la competición) los nuevos juegos, ya convertidos en deporte, fueron introducidos de hecho en las instituciones escolares inglesas.

En el espacio histórico que configura el estratégico siglo XVIII se dio un contencioso entre el ascetismo puritano, enemigo de cualquier manifestación festiva, lúdica y corporal, y los juegos tradicionales populares heredados de la Edad Media. El deporte, nuevo depositario del bagaje cultural e histórico de los juegos populares y tradicionales de antaño, pero racionalizados y regulados, se impuso al puritanismo y se constituyó (primero en la Inglaterra del siglo XIX y posteriormente en el ámbito geográfico de influencia anglosajona y el resto de Europa) en un modelo de conducta práctica y en un espectáculo de masas.

Se organizan competiciones deportivas dentro de los propios centros, organizadas por los alumnos pero apoyadas por los profesores y la dirección de los colegios. Surgen las primeras competiciones inter centros y aparece la rivalidad, el historial y la apuesta deportiva. Los antiguos alumnos, ex-deportistas de las *Public Schools*, se incorporaron a la sociedad laboral en la que ocuparon puestos directivos y al querer practicar el deporte de sus años escolares tuvieron que fundar asociaciones deportivas, transformando los tradicionales clubs ingleses de carácter aristocrático en clubs deportivos. Se organizan competiciones a escala nacional, con lo que se difunde el deporte por todo el país. La clase obrera inglesa, después de superar una larga serie de reticencias de clase, se incorpora de lleno a estas prácticas deportivas, particularmente el fútbol, y participa en las competiciones organizadas por las respectivas asociaciones deportivas. En el siglo XIX el Reino Unido era la primera potencia mundial y gracias a su dominio y presencia en los cinco continentes exporta y extiende el modelo deportivo por todo el imperio británico. La restauración de los Juegos Olímpicos Modernos por Pierre de Coubertin y la celebración de la primera olimpiada, cuyo contenido básico era el deporte, en Atenas en 1896, otorgará al deporte durante el siglo XX carácter universal.

El deporte promovía un excelente mecanismo de moderación del temperamento agresivo individual y colectivo, por lo que se convertía en un dispositivo de liberación de tensiones derivadas del autodomínio de las emociones y de la exigencia de contención expresiva, requisitos conductuales en que se fundamenta el orden cívico moderno. Pronto los dirigentes de los distintos estados políticos de diferentes signos ideológicos tomaron buena nota de estas características individuales y colectivas del deporte y promovieron su práctica por todo el ámbito de su influencia.

El deporte se ha consolidado en una práctica y en un espectáculo que ha superado barreras sociales, ideológicas, políticas e incluso culturales, por lo que se ha convertido en un símbolo cultural y en un fenómeno social de carácter mundial.

III

El deporte, nacido en la sociedad anglosajona, ha sabido superar las limitaciones de aquel particularismo cultural y se ha hecho universal. Pronto logró emanciparse de sus originarias connotaciones socioculturales, aristocráticas por un lado y populares por otro, conquistando segmentos sociales más amplios. Este fenómeno social universal no ha tenido ningún problema para escaparse del control directo del siglo XX: el liberalismo, el nacional socialismo, el fascismo, la socialdemocracia o los comunismos; estas ideologías políticas han intentado utilizar el deporte para

uniformarlo y plegarlo a sus intereses políticos y todas ellas se han servido del deporte para obtener beneficios políticos.

En el orden intelectual, el deporte ha vencido de manera contundente a todas las teorías que se oponían a él, emergiendo victorioso de cuantos combates sobre su idoneidad, pertinencia o rechazo se ha enfrentado. También ha superado los límites restrictivos de una posible definición, resultando la misma una tarea imposible, por lo que el deporte se describe como una conducta individual, un hecho social, un estilo de vida, un espectáculo, una filosofía, etc. pero, en esencia, constituye una actividad indefinible. No obstante, ha supuesto una enorme contradicción el absentismo intelectual de los mayores pensadores, científicos y académicos de nuestro tiempo, que no se han ocupado del fenómeno social y cultural más importante de nuestra época; se ha considerado el deporte como un tema menor y ha quedado marginado de las grandes líneas del pensamiento contemporáneo.

Los valores fundamentales de la contemporaneidad: libertad, igualdad y fraternidad, se cumplen con pasmosa fidelidad en el deporte (aunque en el fondo, esta correlación es más aparente que real). Libertad de opción deportiva práctica o elección del espectáculo (el deporte se configura como un derecho constitucional del ciudadano y el Estado debe facilitar su práctica y difusión). Igualdad en la competición, sin distinción de raza, bandera, religión o ideología. Fraternidad (solidaridad) a través del deporte, mediante la celebración de eventos locales, nacionales e internacionales en torno a conflictos no cruentos con muerte simbólica, que sustituyen a los combates bélicos de antaño. Estos valores son el magma que posibilita el sufragio universal, el estado de derecho y el progreso, auténticos pilares de la contemporaneidad que han encontrado en el espectáculo deportivo su proyección ideológica más lograda, así como su plena difusión mediante el deporte práctica. El deporte se ha convertido en un aparato ideológico cuyas ideas, proyectadas y difundidas por el deporte espectáculo, son reinscritas y reafirmadas en las prácticas deportivas de carácter espontáneo y voluntario.

Se ha creado una cultura deportiva propia que identifica a la Edad Contemporánea, en particular del siglo XX, al que se ha definido como el *siglo del deporte*. La cultura deportiva se sustenta en los millones de deportistas y espectadores, los equipos deportivos, los clubs, las federaciones, las competiciones, los equipamientos, los mitos deportivos, las leyendas, la literatura específica, el récord, la arquitectura, el material deportivo, las profesiones, el espectáculo, la estadística, la vestimenta, la filosofía, el lenguaje, los conceptos, los valores, la motricidad y, en definitiva, en un estilo de vida de la contemporaneidad.

Epílogo

El deporte se ha convertido en el hilo conductor de la cultura contemporánea, su fiel cronista, que occidentaliza e impregna de sus valores ocultos a toda la población que está sometida a su influencia. El deporte, sin quererlo o sin saberlo, por azar o necesidad, se ha constituido en un aparato ideológico del Estado (Louis Althusser) cuyas ideas y conceptos morales son periódicamente difundidos por el deporte espectáculo entre la población que lo sigue, lo jalea, lo practica y lo proyecta en la vida cotidiana. Si Johan Huizinga alertó del resurgimiento del *homo ludens*, hoy podemos cerciorar la existencia del *homo deportivus*.

JAVIER OLIVERA BETRÁN